

ANIVERSARIO DEL TRIUNFO LIBERAL

Hace ciento cuarenta y ocho años, el 1 de enero de 1861, se instaló en la ciudad de México el gobierno republicano encabezado por Benito Juárez. Culminaba así la guerra de Reforma, iniciada a raíz del golpe de Estado que enarboló el Plan de Tacubaya conforme al cual se pretendía restaurar el viejo régimen militar-clerical y con él todas las antiguas instituciones coloniales: fusión de la iglesia católica y el Estado, monopolio del clero en la educación, así como en los registros de la población, apropiación por la iglesia del grueso de la riqueza nacional, religión única, fueros para clérigos y militares, centralismo político, supresión de elecciones y legislaturas, latifundismo, restablecimiento práctico de las castas.

La reforma liberal, implicó el *trastrocamiento* de la situación en casi cada uno de estos temas. Los afectados iniciaron entonces una cruel guerra civil, sin duda alguna la más nítida de la historia latinoamericana y en la cual los contendientes mostraron a cabalidad sus perfiles, proyectos y caracteres.

No en vano de esta larga confrontación emergió el más profundo de los cambios experimentados por la sociedad mexicana hasta nuestros días. De hecho es la marca histórica a partir de la cual puede hablarse de nación y de Estado. Antes, había elementos, premisas, para la constitución de ambos, pero sólo una revolución que rompiera con la herencia colonial podía ponerlos en acto. De haberse retrasado por más tiempo la mutación, el destino seguro que le esperaba a la flamante república, era su desaparición en el mapa del nuevo imperio emergente en Norteamérica o bien, el retorno a la condición de colonia de alguna potencia europea.

Los revolucionarios liberales tomaron medidas difíciles y radicales: expropiaron al clero, disolvieron al viejo ejército venido desde los realistas, decretaron la libertad de cultos, se dispusieron a distribuir las tierras, pospusieron los pagos de la usura de la deuda externa. Sin estas acciones no podía haber México, pero el ejecutar-

las entrañaba a su vez el peligro de su desaparición, quizá definitiva. Era como encontrarse entre la espada y la pared, en medio de una paradoja infernal o círculo vicioso que no se podía eludir y al cual había que romper en algún punto.

No todas las aspiraciones alimentadas por dos generaciones de liberales se alcanzaron. Hubo una fundamental que se quedó en los papeles y que daría lugar a la revolución de 1910: la distribución de la tierra y la conversión de los cientos de miles de jornaleros, medieros, aparceros y arrendatarios en dueños de sus parcelas. Se obtuvieron resultados parciales con la venta de las grandes haciendas eclesiásticas, pero se dejó intocado el latifundio privado. No había fuerzas para tanto y se requería el apoyo de un sector de los terratenientes.

La encrucijada de 1861 cogió a la República en una tenaza. Una de sus pinzas se constituía por la violencia interna continuada por las guerrillas conservadoras en las que se prolongó el ejército disuelto. En julio de 1861 hubo que suspender el pago de la deuda exterior. Ello activó la otra pinza, pues sirvió de pretexto para alimentar los planes de dominio. Empezaron las advertencias y amenazas de las principales cortes europeas y de Estados Unidos. En estas tesituras, muy pocos apostaban al futuro de una nación independiente. Todos los días surgía un nuevo designio para liquidar a la República y a su revolución, quiméricos o viables, con profetas armados o desarmados, pues no había quien deseara quedarse al margen a la hora de repartir el botín. Al final, en Europa triunfó la propuesta de instalar un gobierno títere ofreciendo la corona de un artificioso imperio mexicano a algún príncipe de las casas reinantes y así tuvimos a Maximiliano de Habsburgo, figura política a la cual ahora no falta quien pretenda embellecer.

Todo perfecto, excepción hecha de que a ninguno de los estrategas se le ocurrió considerar en serio otra variante: la disposición del pueblo mexicano y de su gobierno. Ninguno

advirtió que el 1 de enero de 1861 se había consumado la victoria interna de las fuerzas políticas y culturales portadoras del proyecto nacional. Para dar marcha atrás o borrar este hecho, habría que liquidar materialmente a cientos de miles de personas. Los juaristas —sinteticemos con este calificativo a todos los patriotas, aunque les hace poca justicia por la riqueza y variedad de sus orígenes o formulaciones ideológicas, así como por su estatura política e intelectual— sí comprendieron esta circunstancia. Por eso, su dirección se mostró firme y obstinada: ya cambiarían las tornas en el tablero internacional, los imperios reñirían entre sí y se abrirían espacios para los débiles, mientras tanto sólo cabía resistir y resistir. Por eso, dos años después, cuando en julio de 1863 el gobierno tuvo que abandonar la capital, el presidente Juárez pudo decir: "...cuando los franceses tomen la ciudad de México, la guerra no habrá hecho sino comenzar". ¡Y los imperialistas y reaccionarios que ya la daban por terminada!

¿Será ocioso o inútil escribir sobre pasajes tan lejanos en nuestra historia? No debemos considerarlo así, porque hay gestas colectivas sobre las que es preciso volver una y otra vez para comprender. Y entender el pasado es el mejor camino para descubrir las claves del presente, en cuya telaraña de acontecimientos e incógnitas podemos perdernos, sin vislumbrar salidas. En 1861, año crucial, el gobierno mexicano tomó decisiones adecuadas para salvar al país, negoció hasta donde se pudo y cuando se le impuso la guerra, entró en ella sin concesiones, decidido a ganar. Ello templó el espíritu de resistencia e hizo renacer el sentido de identidad entre los mexicanos. En el contexto de la crisis generalizada que ahora soportamos, hay que apostarle de nuevo a la organización y puesta en pie de las fuerzas sociales —renovadas y continuadas— que hicieron posible las victorias de 1861 y 1867.

Ambas se ubican en las cimas alcanzadas por el pueblo mexicano en la lucha por su liberación.